

Apenas hacían falta acontecimientos como la inesperada independencia del Congo, la matanza de Shaperville o los sangrientos motines de Bulawayo para demostrar lo que está en un primer plano de actualidad dramática desde hace ya bastante tiempo. Pero ha servido todo esto, en particular la independencia del Congo, para acelerar el pulso en los que sienten impaciencia por un lado y los que se encuentran, por el otro, bajo los efectos del temor. Todo el continente africano está sometido a la acción o interacción de fuerzas que no por ser de naturaleza humana resultan más fáciles de gobernar y controlar. Y todos los proyectos y preparativos corren el riesgo de conducir a situaciones completamente inesperadas. Especialmente cuando se ha pretendido con ello tomar precauciones contra hechos y tendencias capaces de dislocar un orden de cosas determinado.

Por toda esa inmensa porción del continente africano que se extiende al sur y al este del Congo, hasta alcanzar, marchando hacia abajo, el Cabo de Buena Esperanza y hasta doblar, tomando rumbo hacia el Este y el Norte, el de Guardafuí, empiezan a actuar con fuerza poco menos que irresistible factores como el ansia de independencia, hasta hace muy poco tiempo algo en cuya existencia apenas se podía sospechar, y el temor, cada día más agudo y angustioso, del hombre blanco a perder esa posición de absoluta e incuestionable superioridad que por allí había mantenido hasta ahora.

En busca de protección—alguna protección por lo menos— para el futuro, se había llegado a la formación de la Federación del Africa Central, con las dos Rhodesias y Nyasalandia. Nyasalandia es prácticamente negra del todo; Rhodesia del Norte es un poco más blanca, y Rhodesia del Sur es la porción más blanca de todo el continente al sur del desierto del Sahara, con la sola excepción de la Unión Sudafricana. Entre las tres, cuya posición de protectorados británicos hacía esperar que no tardaría mucho tiempo en sonar la hora de la independencia, se podría formar una nación

en la que la influencia blanca resultase de más fácil conservación que en cualquiera de las dos primeras aisladamente. Pero bastó con el anuncio del proyecto para que al instante asomasen resistencias y se llegase al punto, en el verano de este año de 1960, el de los mayores y más fantásticos cambios en el continente africano desde los tiempos de la prehistoria para acá, de abandonarlo prácticamente.

Mejor así, tal vez. De lo contrario no se podía tener confianza alguna en el futuro. Como dijo *The Times* de Londres en un reciente comentario editorial, «ninguna política adoptada en Africa puede ofrecer garantía contra la violencia. La segregación y represión en Sudáfrica; la tardía asociación en la Rhodesia del Sur; el liberalismo por etapas en las colonias británicas; el abandono total en el Congo, todo ha servido a su vez para provocar lo que se buscaba evitar». Con aquella federación se buscaba dar realidad a un proyecto bellamente concebido, digno de ser bellamente realizado. En cambio, ¿qué es lo que ha salido de todo eso?

Desórdenes sangrientos, como los de la Rhodesia del Sur, calificadós como algo sin precedentes en la historia de una tierra pacífica. Primero, en Salisbury, la capital, entre las tradicionalmente pacíficas gentes de la tribu Mashona y el producto de una inmigración reciente, atraída por un considerable desarrollo industrial, desórdenes sólo imaginables en un ambiente en estado de rápida transformación y una afluencia considerable de población atraída por las oportunidades de empleo y las perspectivas de ganancias abundantes e inmediatas. Después en Bulawayo, escenario tradicional de los Matabele, renombrados en un tiempo por sus cualidades guerreras y ahora dispuestos, al parecer, a remozar pasados recuerdos, de lucha, rebelión, incendio y saqueo. Hacía más de medio siglo que en las Rhodesias no se había producido un solo acto de desobediencia o alteración del orden público que llegase a costar la vida a un solo indígena.

Peligrosa excitación.

De pronto estallan desórdenes y revueltas que hacen pensar en que posiblemente no haya un rincón del continente negro inmune a las influencias de un extremismo que busca el choque con preferencia a la colaboración pacífica, que se traduce en matanzas como la de Shaperville, a principios de año, con la muerte de unos 70 africanos en actos como los de Bulawayo, que dejaron tendidos en el suelo, mortalmente heridós, a una docena de africanos. La policía de la Rhodesia del Sur, una fuerza disciplinada y sumamea-

te eficaz, no pudo hacer frente a la situación y fué necesario sacar las tropas a la calle. Cuando se produce una situación así es que existe la posibilidad, por lo menos, de que unas simples manifestaciones de protesta pudieran estar a punto de transformarse en hechos revolucionarios que ya no serían fácilmente controlables. Mejor actuar a tiempo y con decisión, como están reclamando con insistencia las representaciones de una pequeña minoría, minera o industrial por las Rhodesias, agrícola por Kenia, animosa, concentrada en sí misma, resuelta casi siempre a tomarse el destino por la mano, después de haber agotado todas las existencias de armas y munición de los establecimientos del ramo, que abundan por toda la región. Los extremismos de un lado pueden estar seguros de que no les faltará ocasión para chocar con los extremismos del otro. Y del choque de extremismos, ¿qué se puede esperar?

A lo sumo, el deseo de encontrar una solución a problemas planteados desde puntos de vista tan encontrados y tan contradictorios que muy pocas veces resulta posible la negociación en un ambiente como ese, en el que se celebró el pasado julio la conferencia destinada a preparar el camino para un régimen consuetudinario en Nyasalandia y el fin definitivo de los proyectos de federación con las dos Rhodesias.

De un lado estaba la representación británica, encabezada por el ministro de Colonias, Mr. Lain Macleod; del otro, la africana, presidida por el doctor Hastings Banda, jefe del Congreso Malawi. Apenas podían ser más antagónicas las posiciones respectivas. A lo sumo a que parecía estar dispuesto el Gobierno inglés era a la concesión, muy gradual, de alguna medida de autonomía que fuese preparando el camino para la independencia, en un día todavía muy distante y en condiciones que rodeasen de las garantías indispensables a los intereses y propiedades de la minoría blanca, europea, que encontraba en las tierras altas de Nyasalandia un clima y un ambiente hasta entonces nada desagradable. Nada bueno se podía esperar del doctor Banda, se decía, con la esperanza de evitar que la conferencia se celebrase. Había bastado con su retorno a Nyasalandia, que había dejado de muy niño para abrirse paso en un mundo hostil, hasta verse convertido en un médico de Londres de considerable reputación, con una clientela blanca en su mayoría, para que se produjesen graves desórdenes y la imposición obligada de un régimen de excepción, así como su detención. Pero ya estaba en Londres, para insistir en el sufragio universal, en una cámara legislativa dominada enteramente por la mayoría indígena y en un Gobierno de mayoría negra y con poderes ejecutivos.

Frente al doctor Banda estaba Mr. Dixon, del partido Federal Unido, dispuesto a no aceptar sistema alguno que no garantizase los derechos y los privilegios de la minoría blanca, con un complicado mecanismo electoral, en el que un voto no sería necesariamente igual a otro; una cámara legislativa con muchos de sus miembros nombrados, no elegidos, con lo que el indígena quedaría condenado durante muchos años a una posición francamente minoritaria y en un Gobierno, en fin, que estuviese dominado por una mayoría oficial, expresada en votos de calidad.

La excitación que dominaba todo el panorama africano daba cierta impresión de haberse trasladado al local de las negociaciones.

Espíritu de comprensión.

Todavía no había desaparecido del todo, sin embargo, la posibilidad de una solución negociada para los problemas del continente negro. Unos problemas que con frecuencia se enconaban a causa de la intransigencia abroquelada en posiciones tan extremas como esa de «Africa para los africanos», que había calado hondo en el ánimo de una vasta mayoría de la población, o en la no menos fanáticamente irreductible de la minoría que acabó forzando la mano del Gobierno en el Congo, al tomar acuerdos y decisiones que llevaron a la creación de un régimen independiente en la provincia de Katanga o a resistir en Argelia con tal energía las decisiones de París que por dos veces se izó el pabellón de la rebeldía frente al Gobierno nacional. La posición misma, tan francamente minoritaria, de la población blanca por esta parte del continente africano, favorecía el desarrollo de actividades extremistas, por resultar fácil caer en la conclusión que sólo de esa manera sería posible el mantenimiento de unas posiciones que se veían amenazadas por todos lados. ¿Cómo pensar en la negociación y la democracia cuando de lo que se trataba era de la conservación de vastos intereses en beneficio de una minoría muy pequeña de la población?

Para el indígena, el bantú, el africano, sólo podía ser el blanco un extraño, aun cuando, como veremos más adelante en algunos casos concretos, se consideraba con tantos derechos, por lo menos, como el negro y sostenía ser tan antiguo como él, en algunos casos. Y no representaba ya, además, a intereses colonialistas de ninguna clase. Sólo en la Unión Sudafricana, de todo ese inmenso territorio, había conseguido el blanco una representación de considerable importancia, el 21 por 100 de la población. Después venía el Africa del Sudoeste, territorio de tutela de las Naciones Unidas, confiado

a Sudáfrica, con un 11 por 100, y Rhodesia del Sur, con el 7 por 100. A partir de aquí, la caída era pronunciada, hasta ser un poco más de la mitad —el 4 por 100— en la Somalia francesa; o algo menos—3 por 100—en la Rhodesia del Norte; era de sólo el 2 por 100 en Angola, y del 1 por 100 en la República Malgache. Todo lo demás—Mozambique, Tanganika, Uganda, Kenia y la República de la Somalia—no había conseguido tener una representación blanca que llegase siquiera al 1 por 100 de la población. Algunas veces no pasaba de una fracción muy pequeña del 1 por 100.

¿Cómo pensar en una solución negociada, democrática, a los problemas que se venían encima?

No se había perdido del todo, sin embargo, el espíritu de comprensión.

—Cuando usted me sacó de la prisión el pasado abril, usted sabía que se exponía a correr un riesgo—comentó el doctor Banda, dirigiéndose a mister Macleod—. Usted alargaba el cuello para arriesgar su futuro político. Cuando me encontré con usted... me di claramente cuenta, por vez primera, de que tenía ante mí a un ministro de Colonias que sabía que también las demás personas tienen puntos de vista que necesitan ser respetados por quienes ocupan puestos de altura. Ganó usted mi confianza de una manera completa, completa y sin reservas. Esa confianza en usted es lo que me trajo aquí—a Londres—. Fué esa confianza la que me hizo obligar a mi pueblo a aceptar mi decisión de hacer el viaje.

Se llegó a un acuerdo completo, lo que parecía imposible del todo al comenzar la conferencia sobre Nyasalandia, once días antes. El doctor Banda renunció a la petición del sufragio universal, y, en cambio, consiguió una considerable ampliación del censo electoral, que alcanzará en adelante a 100.000 africanos, más que de sobra para asegurarse una mayoría decisiva en la cámara legislativa. La nueva Constitución será de carácter feudatario y crea dos censos electorales: uno para los blancos (europeos, como generalmente se les llama por todo el Africa negra, incluso a los que son africanos de nacimiento desde hace muchas generaciones, como sucede en Sudáfrica) y los asiáticos, con acceso a algunos africanos ricos y «asimilados», y el otro para los africanos en general que tengan unos ingresos anuales de 120 libras.

Tercero en discordia.

El Gobierno, un Consejo ejecutivo de diez miembros, estará presidido por el gobernador y asesorará más bien que gobernará. Además, sólo la

mitad de sus miembros serán elegidos por la cámara legislativa y la representación indígena se reducirá, por ahora, a tres de sus miembros. Se ha dado un gran paso, sin duda, y sobre todo se ha demostrado, en circunstancias muy críticas, que sigue siendo posible la negociación y el acuerdo.

«Hemos demostrado—declaró el ministro británico a la terminación de las negociaciones—que los hombres de diferentes razas, africanos, europeos y asiáticos, pueden sentarse en derredor de una mesa y llegar a un acuerdo, aun en el caso de haber partido de puntos de vista muy diferentes.»

Se hicieron grandes concesiones, sin duda. Las hizo el Congreso Malawi, las hizo el Ministerio de Colonias británico, las hizo el partido Federal Unido. «Ha habido y todavía hay—comentó Mr. Dixon, representante de este último partido en las negociaciones ya concluidas—diferencias de opinión, y si se ha sacado la impresión de que he sido muy terco en mi decisión de conseguir una interpretación de la palabra «razonable»... ha sido solamente porque el partido Federal Unido se ha comprometido a conseguir... un período de estabilidad durante el cual los procesos social, político y económico del país pueden prepararse a dar el paso siguiente en nuestra evolución.»

Mejor la negociación que los choques catastróficos. Aunque sea con concesiones, pues sin ellas la negociación a nada puede conducir que sea a la vez concreto y satisfactorio. Y sobre todo ahora, cuando en África—y en otros puntos—han entrado ya en juego otros factores, cuando siempre existe la posibilidad de tropezarse con un tercero en discordia capaz de alzarse con el santo y la limosna.

¿Aceptaría el doctor Banda, se le preguntó en una ocasión, durante su última estancia en Londres para las negociaciones que tuvieron por escenario a Lancaster House, la ayuda soviética para Nyasalandia en el caso de tropezar con dificultades?

—Preferiría el dólar y la libra—contestó él—, pero si no llegasen ni el dólar ni la libra, no habría de dejar que mi pueblo se muriese de hambre en el caso de estar los rublos a mi alcance.

Todo es cuestión de oportunidad. Y de no perder de vista un aspecto muy importante del problema que está a la vista, desde hace algún tiempo, de todas las partes interesadas. La presencia de la Unión Soviética, dispuesta a competir por el favor de los nuevos países independientes del continente africano o de los que están a punto ya de serlo, fortalece la posición de unos a tiempo que debilita la de otros. Y cada nuevo paso que se da es un ejemplo y un estímulo para los demás. Hasta el punto de que llegan pronto a ser necesarias concesiones para acumular encima de concesiones ante-

riores. A veces no está seca todavía la tinta que sirvió para sancionar un acuerdo cuando ya se plantean nuevas reivindicaciones y se presentan nuevas demandas.

El fin de la Federación.

Había motivos para sentir confianza y contemplar el futuro con cierto optimismo, como hacía sir Robert Armitage, gobernador de Nyasalandia, quien comentó al tomar el avión para el viaje de regreso:

—Ha sido esto muy satisfactorio para todas las partes. Es algo notable que las personas que llegaron a la conferencia y expresaron puntos de vista tan divergentes acabasen firmando informes unánimes y acordasen prometer hacer todo lo posible por que diesen resultado las nuevas propuestas constitucionales.

Lo que es bueno para unos es regular para otros e incluso bastante malo para muchos.

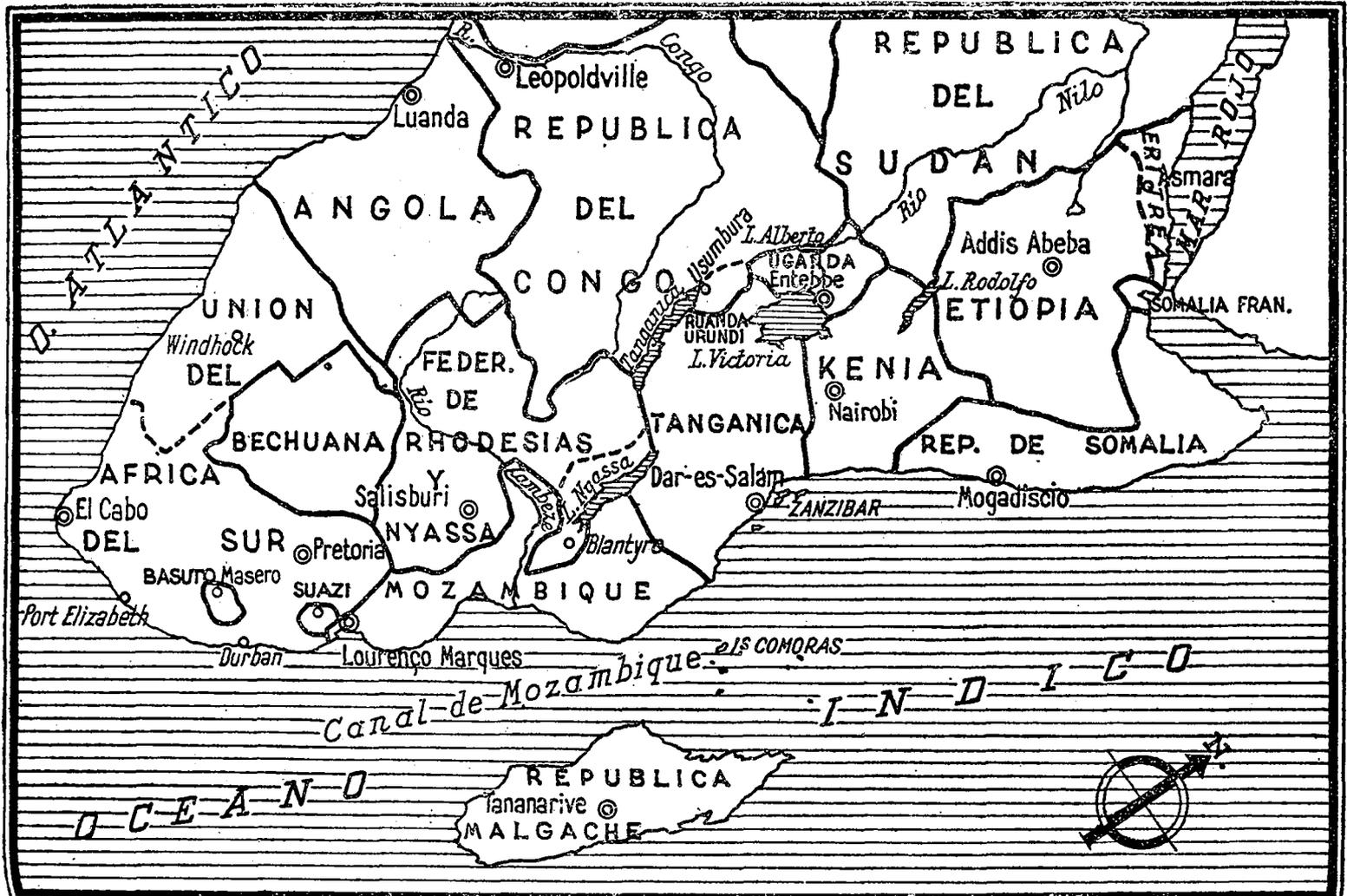
El acuerdo sobre Nyasalandia es veneno para la idea misma de la Federación del Africa Central. «Eso nunca», comentó el doctor Banda al hacerse referencia a la cuestión, contra la cual prometió luchar con más decisión que antes. Y un miembro de su delegación añadió:

—La Federación está muerta. Ya lo estaba, pero esta conferencia ha sido el último clavo de la caja donde se la lleva a enterrar.

El acuerdo sobre Nyasalandia ha dado un carácter de mayor apremio a otros problemas de la misma o parecida naturaleza. A la situación en la Rhodesia del Norte, uno de los centros mineros más importantes del mundo y ahora llamado a ver muy estimuladas sus vastas riquezas económicas con el aprovechamiento del inmenso potencial de la presa de Kariba y las posibilidades que ofrece para el futuro la aproximación, económica por lo menos, de la provincia congoleza de Katanga a Rhodesia, en situación ya bastante delicada, se añade una nueva complicación.

—La situación política aquí es muy explosiva—comentó recientemente Kenneth Kuanda, presidente, a los treinta y seis años, del Partido Nacional de la Independencia de la Rhodesia del Norte, que después de haber sido maestro, campesino y comerciante se ha dedicado a la política, como está haciendo casi todo el que tiene por esta parte del mundo la más elemental preparación.

Acababa de regresar de un recorrido de 3.000 kilómetros para tomar el pulso a lo que llamaba él «su pueblo».



—Estamos—añadió— en una situación muy peculiar. Por un lado tenemos al Congo, una vertiente de la libertad, y por el otro a Tanganika, también una vertiente de la libertad. (Territorio bajo la protección de las Naciones Unidas, Tanganika goza ya de una gran autonomía y tiene en perspectiva la independencia para dentro de pocos años.) Ahora Nyasalandia va a tener una mayoría africana en su cámara legislativa, pero nosotros continuamos sumidos en el valle de la servidumbre.

Kuanda había preparado una serie de telegramas de protesta para el primer ministro inglés, para el secretario general de las Naciones Unidas, etc., a muchos de los cuales no se dió curso por estimar las autoridades que contenían afirmaciones falsas. Con lo que no se hacía más que caldear un ambiente dado a sacar el máximo rendimiento de una situación que cada día resultaba más ventajosa para el movimiento de libertad e independencia.

—Si se ignoran deliberadamente—afirmó—las aspiraciones legítimas del pueblo africano, estamos haciendo todo lo posible por que esto acabe muy mal.

Los sucesos tan graves de Bulawayo vinieron a demostrar una vez más que los problemas que hay planteados actualmente por el Africa negra no se resuelven ni dejándolos para el futuro ni atacándolos en la forma tradicional.

Mejor que no se repita.

Ya se tiene el convencimiento muy generalizado, de que lo menos que se puede hacer con los 2.500.000 africanos de la Rhodesia del Norte es lo ya se ha hecho en Nyasalandia. Pero no todo el mundo está de acuerdo.

—No estoy dispuesto—afirmó con gran energía hace muy poco John Gaunt, representante por Lusaka en la Asamblea Federal de Salisbury—a vivir en un país bajo un Gobierno con un primer ministro que es negro, con jueces negros y con guardias negros, porque no creo, sencillamente, que tengan las mismas altas normas de integridad y comportamiento a que estoy acostumbrado: Puede ser que lleguen a alcanzar esas normas con el tiempo, pero no hay en la actualidad indicio alguno de ello, cómo los acontecimientos en otros países han demostrado.

Para sir John Moffat, jefe en la Rhodesia del Norte del Partido Centro Africano, una organización política multirracial, la situación no es tan angustiosa. Ni mucho menos. En un discurso pronunciado en la Cámara Legislativa de Lusaka declaró:

«Son los africanos de aquí gentes extraordinariamente razonables, pero están perdiendo la paciencia. Después de todo, éste es un protectorado, no una posesión británica. Pertenece a los africanos, y si quieren ellos gobernarlo, ¿por qué no han de hacerlo? En el fondo, aquí nos encontramos con un problema blanco, no un problema africano. Tenemos aquí una pequeña comunidad blanca, que no se atreve a encararse con los hechos de la vida, y el tiempo que nos queda es demasiado corto para abolir las diferencias entre los dos. A lo sumo, contamos con cinco años para preparar a los africanos para su propio gobierno.»

Pero no todo el mundo mantiene una actitud tan razonable. O participa de las mismas opiniones. Aunque se va ensanchando el radio de acción y la influencia de los que están convencidos de que no es conveniente llevar las cosas por el mismo camino que se prefería seguir hasta ahora. Después de todo, el doctor Banda fué sacado de la cárcel para negociar un acuerdo quizá de capital importancia para las futuras relaciones entre Inglaterra y Nyasalandia, por una parte, y entre la abrumadora mayoría negra de la población y la insignificante minoría blanca, por la otra. ¿Por qué no se podrá hacer igual en la Rhodesia del Norte? ¿Y en la Rhodesia del Sur? Una de las cosas que se evitarían serían sucesos como esos de Bulawayo, de trágicas consecuencias para el presente, capaces de engendrar odios permanentes para el futuro.

Ya se mira al futuro, por la Rhodesia del Sur, con el ambicioso proyecto de ampliación en gran escala del Ejército federal. Para el verano de 1961 se esperaba tener formado el primer batallón regular de voluntarios europeos y una escuadrilla especial de aviación, también regular y también integrada por personal europeo. Al mismo tiempo se oyen con insistencia peticiones para que Inglaterra refuerce mucho sus guarniciones por el África central y oriental. Pero siempre se podría preguntar, ¿se conseguirá con esto algo más que dejar para mañana lo que de otra forma habría de ser resuelto inmediatamente?

Mister Stanlake Samkange, vicepresidente del Partido Central Africano, declaró en una reunión privada, en Salisbury, que nunca sería posible gobernar a Rhodesia militarmente, ni llevar con ello la paz al territorio. «Puede el Ejército quedarse todo un año en Harare, pero no va a conseguirse con ello que la vida sea mejor para ninguno de nosotros.» Ni en Harare, ni en Highfield ni en otros poblados de la Rhodesia del Sur, donde ha habido claras, ominosas manifestaciones de hostilidad hacia los europeos.

Africa, ¿de quién es?

La Rhodesia del Sur, como Sudáfrica, un poco más abajo, es un país donde existe el propósito decidido, resuelto, de mantener la supremacía del blanco. Esto no quiere decir que sea ésta la única causa de situaciones como esa de Bulawayo, una ciudad de 50.000 blancos y unos 150.000 africanos. Por la Rhodesia del Sur hay mucho extremismo político, pero hay también paro—según Sydney Millar, alcalde de la ciudad, no menos de 6.000 parados en Bulawayo, con lo que se crea una «situación muy fea»—y todo lo inherente a los períodos de honda transformación económica, del paso de una sociedad agrícola a una sociedad industrial. En las últimas semanas, se han venido haciendo gestiones, y celebrando reuniones, eso que por allí se llaman «indabas», reuniones destinadas a crear un nuevo espíritu de contacto y unión entre las distintas razas, de participación multirracial en la vida de la comunidad, con lo que se pretende revivir una costumbre que quiso establecer y consolidar Cecil Rhodes, con su famosa «indaba», que puso fin a la rebelión Matabele, en 1896, con un programa muy ambicioso. Parece haberse hecho ahora el descubrimiento de que hay graves deficiencias, condiciones de vida, de las que apenas puede salir otra cosa, que el descontento y, en definitiva, la revolución. Aun cuando por aquí asuma características especiales, por el choque de razas y civilizaciones. Se habla, por ejemplo, de jornales muy bajos, paro, graves diferencias en la distribución de la tierra, condiciones de alojamiento deplorables y, muchas cosas más que no tienen nada de peculiar al ambiente africano.

Claro que, las condiciones de la vida pueden ser muy distintas entre país y país, o, entre continente. Pero ya se nota en casi cualquier parte que sea la diferencia entre vivir en un palacio o en una choza hecha con la lata de los bidones de gasolina, vacíos y rotos. El negro, que forma la mayoría abrumadora de la población y es absolutamente necesario para el trabajo de las minas y las fábricas, no menos que para hacer agradable la vida del hacendado con grandes propiedades, se va dando cuenta de que el sistema de gobierno del hombre blanco, es parcial. Se cuida del blanco, sobre todo, con escuelas, hospitales, carreteras y muchas cosas. Y se olvida de los demás, en un país donde la inmensa mayoría de la gente, es negra.

A pesar de todo, se producen choques como el de Bulawayo, que no tiene una explicación inmediata y fácil.

—No sé si habrá alguien—comentó el alcalde de la ciudad—que se haya dado cuenta real de lo sucedido, y, por qué sucedió.

—Fue una lucha de negros contra negros—explicó el secretario del Ayuntamiento, Edward, White—. Fueron negros los que atacaron a los negros.

—Hay una cosa con la que no estoy de acuerdo —añadió el alcalde, con mucha decisión—: esa consigna, repetida como repiten las cotorras, de los extremistas, Africa para los Africanos, Europa para los europeos, y que los europeos se vayan a su casa. Yo les quiero recordar que, esta parte de Africa, es tanto nuestra como de ellos, porque los africanos de aquí la consiguieron en acciones de conquista contra otros africanos, y, nosotros la conseguimos conquistándolos a ellos.

Según Morton Malianga, vicepresidente del Partido Nacional Democrático de la Rhodesia del Sur, «el destino es hecho por el hombre». Si usted consigue que un hombre se sienta descorazonado y desilusionado, hasta el punto de querer buscar la venganza, acabará buscándola y encontrándola. Mejor sería no dejar nunca que la situación en la Rhodesia llegase a ser lo que acabó siendo el Congo.

Período de transición.

Hacia donde quiera que se mire, hacia el norte, hacia Kenia, por ejemplo, donde los últimos meses se ha vuelto a hablar del recrudecimiento de la campaña de juramentos entre la tribu Kikuyu, que hace pensar en el renacimiento del Mau Mau, o, hacia abajo, hasta la Unión Sudafricana, donde está en pleno desarrollo, el movimiento de segregación racial, se tropieza con lo mismo, con un panorama en estado de rápida transformación. Con la posible excepción de las dos «provincias» portuguesas de Angola y Mozambique, apenas si queda un solo rincón por esta parte del continente que no esté predestinado a convertirse en país independiente en un futuro muy próximo, antes seguramente de que haya terminado la década iniciada este mismo año. En este 1960, se cuentan por docenas, literalmente, los nuevos países independientes de Africa. Lo que quede, con muy contadas excepciones, no podrá resistir mucho, en las condiciones actuales. Y menos todavía, quizá, cuando el empeño puesto en conservar el *statu quo* actual se haya de traducir en detenciones y condenas, en largos períodos de confinamiento. Kwane Nkrumah salió de la cárcel para entrar inmediatamente en negociaciones con el Gobierno inglés, de las que salió pronto el acuerdo

de la concesión de independencia que, ya no se ha quedado siquiera, con el reconocimiento de la vaga idea de soberanía que, para la mayoría de los países de la *Commonwealth*, supone el continuar conservando a la reina Isabel II, como soberana; ahora, hace unos meses tan sólo, el hecho se ha repetido, en circunstancias muy parecidas, además, al ser puesto en libertad, el Dr. Hastings Banda, para encabezar del lado africano las negociaciones para la creación de un régimen constitucional que es el comienzo, en realidad, de la independencia de Nyasalandia. La cárcel ha sido, para muchos cabecillas africanos, la antesala de la presidencia del Consejo de Ministros, o la dirección de algún ministerio. Para hacer todo lo posible con miras a evitar la repetición de estos casos, a Jomo Kenyatta, se le mandó a un lugar muy apartado, a la terminación de una condena de siete años. Se tenía la esperanza de impedir tal vez, que fuese irresistible la tentación de convertirlo en el jefe del Gobierno de una de las muy pocas colonias que tiene todavía Inglaterra, en el continente africano.

La situación cambia algo cuando se llega a la Unión Sudafricana, porque por allí no se tropieza con una potencia imperial y colonialista, como Francia, Inglaterra o Bélgica—todas ellas ya en proceso de franca retirada—a la cual cargar con la culpa y la responsabilidad de lo que está sucediendo en el continente de ébano. Cualesquiera que sean los nombres que la costumbre vaya imponiendo, para unos y para otros, el problema—los problemas—de Sudáfrica, es exclusivamente sudafricano.

El aspecto racial, que ahora se está complicando con los movimientos, cada día un poco más precisos, de ir a un *boycot* comercial, ha desorbitado considerablemente las características fundamentales de una cuestión que tiene mucho de económico y social. De la misma manera que por Rhodesia la escasez del personal blanco obliga, necesariamente, a que una parte por lo menos, de la población trabajadora negra vaya avanzando hasta ocupar puestos que requieren una considerable capacidad técnica, a los cuales no tenían acceso hasta ahora, así la expansión industrial de Sudáfrica hace necesario la afluencia de personal nuevo a las fábricas. Pero Sudáfrica no recibe de sus centros tradicionales de abastecimiento de personal blanco—Holanda, Alemania, Inglaterra—más que una porción insignificante de los 6.000 técnicos y obreros altamente especializados que necesita al año, como mínimo. No queda más remedio que aminorar el ritmo del desarrollo industrial o facilitar de llenarlos. Es esto, en líneas generales, lo que se está haciendo.

Wasto desarrollo industrial.

La espectacularidad del «apartheid» (literalmente «apartamento»), que tiene mucha importancia, sin duda alguna, ha servido para que los árboles no le permitan a uno ver el bosque, y en consecuencia se hayan perdido de vista que el lugar donde hoy se alzan los rascacielos de Johannesburgo, era el campo de juego y de cría del león y el antílope, por el borde de una savana que nadie entonces, podía soñar con que pronto quedaría convertido en el centro de una de las mayores explotaciones mineras e industriales del mundo. Es, de hecho, el centro de la zona minera más concentrada que se ha conocido hasta ahora, donde 150 kilómetros a una lado o al otro, como máximo, marcan el límite de los pozos e instalaciones de donde sale más de la mitad del oro que acaba llegando anualmente a los mercados del mundo. Una producción que, sólo este año, alcanza un valor de unos 260 millones de libras. Alrededor de 20.000 europeos y, diez veces más, africanos, bajan a diario a los pozos y galerías, algunas de las cuales se encuentran a una profundidad que pasa de los tres kilómetros, para ir sacando más oro.

Primero vinieron los diamantes, que empezaron a encontrarse por el río Orange, en 1867, y después, muchos años más tarde, en 1886, un australiano, George Harrison, que lo mismo buscaba oro que trabajaba la piedra, estaba dando un paseo por la granja de Langlaate, en el Witwatersrand, cuando descubrió el brillo de algo que le llamó la atención. Lo que de allí acabó saliendo, sin beneficio para su descubridor, como tantas veces sucede, vino a demostrar que se trataba literalmente, de un monte de oro, de los cimientos del tremendo desarrollo y, las inmensas riquezas que han salido de Sudáfrica y se han esparcido por el mundo entero. El oro, mucho más que los diamantes y otras cosas, de las que hay abundancia extraordinaria por Sudáfrica. Una de estas minas, continúa produciendo oro, desde hace 73 años y ya está el filón a casi 3.000 metros de profundidad. En todo este tiempo han salido de allí 42.000.000 de onzas de oro fino, alrededor de 1.570 millones de dólares, más de 94.000 millones de pesetas, al precio que tiene el oro actualmente.

Los diamantes primero, el oro después, atrajeron hombres y dinero, a lo que había sido una colonia de modestos orígenes y con un desarrollo relativamente modesto también, aun cuando alcanzase alguna vez momentos de épica grandeza y atormentado heroísmo. Entre los hombres que llegaron, no hace tanto, a Sudáfrica, estaba Cecil Rhodes, cuyo nombre perpetúan dos países africanos, algunas de las becas universitarias más codiciosas del

mundo y la gloria de ser uno de los mayores *empire builders* de toda la historia imperial británica. Tomando como nombre, el de un campesino holandés, en cuyas tierras, que se acabaron vendiendo por doce bucyes, se encontró un gran yacimiento de oro, se fundó la compañía *De Beers Consolidated Mines Limited*, que llegó con el tiempo a ser la mayor empresa minera del mundo. Con el tiempo y con la intervención de otro genio, sir Ernest Oppenheimer, el mismo que ha vivido hasta el otro día, hasta 1957, cuando al morir dejó paso a su hijo, sir Harry Frederick, hasta poco antes una figura política de considerable relieve en el panorama sud-africano.

Era mucho lo que había hecho Cecil Rhodes, pero mucho más, sin duda, lo que hubiera querido hacer. Había soñado, entre otras cosas, con el ferrocarril de El Cairo al Cabo, para atravesar todas estas tierras que están ahora en estado de fermento y transición: «Tan poco es lo que se ha hecho y es tanto lo que queda por hacer», exclamó Cecil Rhodes cuando se encontraba en el lecho de muerte, en 1902, cuando todavía no había cumplido medio centenar de años. Pero dejaba las cosas en buenas manos y aquella compañía suya llegó a tener bastante con las minas de oro y diamantes y cobre; con la entrada de capital norteamericano, en abundancia, continuó la expansión, incluído el campo industrial, para acabar siendo una de las piezas fundamentales de un fabuloso imperio económico, el llamado «Anglo American Group», con dos compañías inmensas, la Anglo American Corporation of South Africa y la citada *De Beers Consolidated Mines, Limited*, junto con algo así como centenar y medio más de empresas industriales, comerciales, financieras, con un activo total de 2.423.070.000 dólares y, unas ganancias líquidas, después del pago de impuestos, que pasan bastante del 10 por ciento del activo total.

La importancia del oro.

De no haber sido por el rápido desarrollo industrial que ha hecho necesaria la inmigración constante, la cuestión racial tendría una importancia infinitamente menor y, posiblemente, hubiese incluso entrado hace tiempo por las vías de una solución relativamente satisfactoria. Pero entre las complicaciones de la inmigración de indígenas de los territorios vecinos, para trabajar en las minas y en las fábricas, está la tendencia al mantenimiento, por lo menos, de la posición de acusada inferioridad numérica de la raza blanca; hecho que se pone mucho más en evidencia cuando una

parte importante de la población indígena no se encuentra, como antes, repartida por el campo, dispersa entre las haciendas de los grandes señores, que fueron gradualmente adquiriendo la propiedad de las mayores y mejores tierras de lo que, con los años, acabó siendo la Unión Sudafricana. La tendencia constante al aumento de la población de los grandes centros industriales, como Johannesburgo, es lo que quita tranquilidad a un ambiente que llegó a ser, que es todavía en gran parte, el ideal de una minoría más resuelta a conservar una posición de privilegio, ahora que tiene la sospecha de que se encuentra más peligrosamente amenazada que en ningún otro momento anterior, desde hace tres siglos largos. Con sus grandes propiedades, sus mansiones de estilo feudal, casi siempre ocultas a la vista, por la frondosidad del arbolado que las rodea y las altas vallas y verjas, con los automóviles de las mejores marcas europeas y norteamericanas, casi siempre de tonos más bien sobrios, con sus clubs de admisión rigurosamente limitadas, sus recepciones, sus fiestas: Sudáfrica es uno de los últimos refugios que todavía quedan por el mundo, para un tipo de sociedad que parece estar condenada irremediablemente, a desaparecer envuelta por la marea de la industrialización y el modernismo que, no sólo ha vulgarizado la riqueza, al ensanchar demasiado su radio de acción, sino que con esa tendencia constante hacia la elevación del nivel de vida general, se van diluyendo, aunque no se borren del todo, las diferencias que antes separaban a las distintas clases sociales, al señor, del pobre, al amo, del servidor.

Y la tendencia parece llamada a continuar, sin duda, mientras cosas como el oro, sigan ejerciendo una influencia extraordinaria en la vida sudafricana. En la primera mitad de este mismo año, la producción de oro ha alcanzado el punto máximo hasta ahora conocido para un período semejante, con un valor total de 158 millones de libras, unos 12 millones más que en los primeros seis meses del año pasado.

Sólo de las minas de oro sudafricanas, han salido, en estos primeros seis meses de 1960, más de 82 millones de libras para el pago de jornales, equipo, abastecimientos, servicios, etc., todo lo que está aparte y por encima de los grandes gastos de capital. Es más, las ganancias son tan abundantes—62 millones de libras en esta primera mitad de 1960, en vez de los 54 millones del período correspondiente en 1959—, que no sólo se dispone de todo lo necesario para el mantenimiento de unos dividendos muy elevados—en esta primera mitad de 1960, subieron a 22 millones de libras—sino que queda margen suficiente para la atención de casi todas las

necesidades que antes se cubrían con nuevas inversiones de capital. Está en pleno desarrollo, un proceso de capitalización que, hace subir de año en año, el valor real de propiedades inmensas, como esas minas de oro. El aumento sería fabuloso, sencillamente, si se viesen satisfechas, al fin, las aspiraciones sudafricanas de conseguir la subida—una gran subida—en el precio del oro, uno de los poquísimos artículos cuyo valor se mantiene rigurosamente estabilizado. La tendencia, muy acusada otra vez, a la pérdida de oro de los Estados Unidos, ha hecho renacer la esperanza, en que se deje atrás definitivamente ese precio de 35 dólares la libra de oro fino, tan bajo, si se tiene en cuenta que se ha mantenido estable a lo largo de la posguerra y, que todo lo demás prácticamente, ha subido, a veces, en forma escandalosa.

Ambiente de inseguridad.

Hay motivos para pensar que Sudáfrica debería servir de modelo para toda sociedad capitalista, bien organizada. Los recursos del país pueden considerarse, como poco menos que ilimitados—hay en él mucho más que oro y diamantes—y apenas si hay lugar alguno por el mundo donde no se necesita algo de lo que por allí se produce. Sudáfrica, es el país de los más altos ingresos y más elevado nivel de vida del continente africano y, hasta una fecha reciente, todavía podía tenerse el convencimiento de que nada serio amenazaba su existencia nacional, o, su organización política y social. Pero, en los últimos tiempos, se han producido sucesos tan desagradables, como aquella manifestación de protesta de Sharpeville, contra los países que se ven obligados a llevar los indígenas de 16 años en adelante, renovables constantemente y sin los cuales, no es posible la presencia, de hombres o de mujeres, de la población indígena por las calles y plazas de las ciudades. La policía, con carros blindados, no sólo cortó el paso a la manifestación, sino que abrió fuego sobre ella y en pocos instantes, la calle estaba literalmente sembrada de cuerpos sin vida. Aquello sirvió para algo más que provocar un movimiento de emoción y repulsa por todo el mundo. De allí arranca también una sensación de inseguridad, de incertidumbre que apenas ha hecho otra cosa que deprimir el valor de títulos y propiedades que llegaron a considerarse como algo tan sólido y tan firme como el Peñón de Gibraltar. Los valores de las grandes propiedades sudafricanas sufrieron pérdidas muy importantes y, desde entonces, no han dejado de fluctuar casi siempre en sentido desfavorable, aun cuando

el margen acabase por ser casi siempre, reducido, porque la pérdida de los primeros momentos había sido muy fuerte y porque, después de todo, los propietarios se resistían a desprenderse a tan bajo precio de lo que tenían el convencimiento de que valía mucho más. Sigue la explotación de las minas y sigue el trabajo en las fábricas. Sólo una mina, «Western Holdings», ha venido pagando este año impuestos al Gobierno central a razón de 5.500.000 libras anuales. Y los beneficios aumentan de tal manera que, no hace falta pensar en lo conveniente que sería el renacimiento de la confianza, si no se tratase de otra cosa que de crear condiciones favorables en el mercado, para nuevas inversiones destinadas a ir ensanchando mucho más las actividades mineras e industriales. Con las ganancias, hay un buen margen para disponer de lo indispensable, en cualquier caso, para cubrir las necesidades de esta clase.

Esto debería ser un estímulo poderoso para acentuar la confianza en el futuro. El ambiente es de inseguridad, sin embargo, por razones políticas y sociales, y en un ambiente así no basta con esa constante riada de noticias excelentes, llegadas del frente económico, para producir reacciones favorables en el mercado de los medios inversionistas. Si la situación ésta se prolongase algún tiempo, habría de acabar teniendo repercusiones desfavorables, sin duda.

En un comentario sobre la situación, dice el «Johannesburgo Star», que ni siquiera la mucha especulación sobre esa aparente debilidad que exhibe el dólar norteamericano y las posibilidades de aumento en el precio del oro, han servido para despertar algún interés. «Cuando un inversionista no se siente seguro—añade—tiende a no hacer nada». Y la situación en que se encuentra Sudáfrica, no permite al inversionista sentirse dominado por una sensación de seguridad o de confianza, en el futuro.

Algo más que nombres.

Una parte, sólo una parte, aun cuando sea actualmente la más dramáticamente agudizada de la cuestión, tiene como causa la composición racial del panorama sudafricano, de eso que dice que hay más que ciertas diferencias de nombres, el «africaner» y el «africano». Con el primero de estos nombres se describe no sólo al blanco, sino el europeo, y no sólo al europeo, sino al individuo procedente originariamente de una región determinada, en la geografía y en la historia de la Holanda del siglo XVII, con algunos refuerzos llegados poco después de otras partes, en particular

de la emigración de huguenotes franceses; con el segundo, se designa al indígena negro, al que casi siempre se denomina, por otra parte, como bantú. El término bantú se aplica a todo un grupo de tribus que abarca a la casi totalidad de los indígenas africanos al sur del ecuador y tiene su origen en la palabra que el investigador M. H. I. Bleek sacó de una expresión tribal que significaba «hombres» o «pueblo». Cuando se habla de otros grupos o tribus como basuto, swazi, zulú, etc., no se trata, si se habla con propiedad, de establecer diferencias entre cada una de estas tribus y grupos, sino que se pretende únicamente designar con mayor precisión a tribus o grupos que en realidad están incluidos todos en el denominador común de bantú. Todos los africanos negros de Sudáfrica son, pues, bantús. No es corriente llamarlos negros, como suele suceder en otras partes. Se prefiere llamarlos bantú o africanos, sencillamente. Quedan otros grupos importantes, como el de color, que abarca a toda la población que ni es negra ni blanca y al que también se suele llamar «no europeo», en el que están el mestizo y el indio por igual. Dentro de la minoría blanca hay también ciertas diferencias de importancia y sólo algunas veces se alude a toda ella, cuando no se quieren establecer otras distinciones, como «europea». De los tres millones de blancos, aproximadamente, que forman parte de la población de la Unión Sudafricana, alrededor 1.800.000 son «africanos» y los demás son «europeos», de habla inglesa. El idioma de los primeros es el «africanus», que tiene sus orígenes en el «holandés de cocina», la lengua que se fué formando, mediante un proceso de simplificación, para entenderse con el indígena, con el criado y el siervo. Con el tiempo sirvió para la creación de un idioma nuevo, de vocabulario todavía muy limitado, del cual no existía un estudio sistematizado ni siquiera un diccionario hasta fecha todavía reciente.

El «afrikaans» es la lengua de la minoría que domina por completo la vida oficial de Sudáfrica desde hace dos lustros y que ha servido para acentuar notablemente las diferencias no ya entre el blanco y el indígena, sino entre blanco y blanco, entre el hombre de origen holandés y el que conserva el orgullo de su ascendencia inglesa. Son dos comunidades claramente definidas, aun cuando con relaciones y puntos de contacto entre sí, esa de lengua «afrikaans» y la de lengua inglesa; a la primera están asociados nombres como los de Hertzog, Malan y Verwoerd; la segunda, se siente orgullosa de haber contado con dirigentes como Botha, Smuts y Graaff.

Una comunidad está representada políticamente por el Partido Nacionalista, y la otra por el Partido Unido; después quedan los progresistas y los

Independientes, todos con alguna representación todavía, muy pequeña, en el Parlamento, así como los representantes de las gentes de color (4), diputados y los nativos (3). Los independientes (2), carecen ya de importancia, pero los progresistas, con 11 diputados en el actual Parlamento, parecen encontrarse en la fase de un desarrollo vigoroso, sobre todo después de una fuerte corriente de descontento resultante del apoyo del Partido Unido (con 41 diputados) a posiciones fuertemente conservadoras, que no le separan radicalmente del Partido Nacionalista. El Partido Unido siente clara repugnancia hacia la política extremista del partido gobernante, pero ha realizado hasta ahora todo intento por luchar abiertamente con sus métodos y programas. Esto y sus 102 diputados en el Parlamento, una mayoría absoluta, da una fuerza enorme al Partido Nacionalista, francamente inclinado hacia el totalitarismo.

Tendencias extremistas.

La posición tradicional del Partido Unido, el de Smuts, que había mantenido siempre una política de cierta segregación racial, aun cuando sin caer en los extremos del nacionalista y con la tendencia, además, hacia posiciones de mayor moderación y acercamiento a medida que iban mejorando las condiciones de vida y la educación del indígena, hacía difícil, cuando no imposible, una lucha abierta y sin cuartel frente al extremismo y la intransigencia de Malan, Strydom y Verwoerd, que se ha ido acentuando con el paso del tiempo y cuya expresión definitiva está en el programa de los «bantustanes». Se trata de reservas acotadas para el indígena de origen anterior al nacionalismo, en las cuales se pretende ir confinando la mayor parte de la población negra. Siempre quedará fuera una parte importante para satisfacer las necesidades de la industria, para el trabajo en el campo y el servicio doméstico de la minoría blanca. Pero ya la posición del blanco sería mucho más firme. Con una gran parte de la población negra en los «bantustanes», sometida a un régimen especial, presidido por jefes de tribus que habrán de ser cuidadosamente preparados y que estarán a su vez bajo la autoridad del Gobierno central, el negro africano, del cual hay actualmente casi 10 millones en Sudáfrica, no tendría ya por qué inspirar tan serios temores para el futuro. Frente a los tres millones de blancos y los 500.000 indios y casi millón y medio de mestizos salidos del cruce de diversas razas— no quedarían ya, fuera de los bantustanes, negros suficientes para representar un peligro o una amenaza para la minoría blanca. La cues-

ción recibiría una poderosa ayuda, sin duda, de una actitud inglesa más comprensiva, que hiciese posible la incorporación a la Unión Sudafricana de Pechuanalandia, Basutolandia y Zwazilandia, territorios en los cuales se encontraría campo propicio para ensanchar considerablemente el radio de acción de los «bantustanes». Sobre todo porque se les reserva actualmente una porción muy pequeña de superficie total del país y, además, la más pobre en general.

La política de los «bantustanes», para cuya realización posiblemente se necesitasen varias veces los 100 millones de libras que han sido calculados por algunos especialistas—en el presupuesto actual no se dedica a estos fines más de tres millones y medio de libras—es la expresión definitiva, hasta ahora, de un programa destinado a perpetuar la segregación racial y, además, a crear unas condiciones que aseguren para siempre el dominio de la minoría blanca de la población que en un tiempo se había acriciado la idea de ir transformando en mayoría mediante la afluencia de una gran corriente inmigratoria. La tendencia demográfica actual apunta a la estabilización, en el mejor de los casos. Desde el punto de vista del blanco, a lo más a que ya se aspira es a conservar para el futuro una diferencia aproximadamente igual a la que existe en la actualidad. Por eso la solución del programa ha de buscarse por otros medios.

Desde hace diez años, no sólo la minoría blanca está dominada por los «afrikaners», sino que este grupo se encuentra sometido a su vez a la influencia de una poderosa organización, la «Broederbond» («Unión de Hermanos») que ha sido comparada con el Ku Klux Klan norteamericano y con el cual tiene llamativas afinidades. Es una asociación de carácter secreto—se cree que cuenta con unos 4.000 afiliados—fundada en los días de la primera guerra mundial, para combatir la influencia británica, entonces dominante, y para inclinar, en la medida de lo posible, a Sudáfrica del lado de las potencias centrales. (Más tarde, en los días de la segunda guerra mundial, el nacionalismo sudafricano volvía a ser partidario de Alemania y tenía claras tendencias de aproximación hacia el nazismo, mientras que la minoría blanca de habla inglesa se inclinaba del lado de los aliados y acabó, gracias a la influencia decisiva de Jan Smuts, entrando en la guerra junto a Inglaterra y los Estados Unidos.) La «Broederbond» ha alcanzado una reputación nada envidiable por su vigorosa oposición al negro, el judío y el católico, que han sido los grandes objetivos tradicionales de ataque del Ku Klux Klan norteamericano.

Distribución religiosa.

La religión ha jugado un papel de considerable importancia, puesto que por tradición ha mantenido en buena parte unas relaciones muy estrechas con la minoría dominante de Sudáfrica y algunas de sus denominaciones han sido un fuerte apoyo cuando no un instrumento poderoso de gobierno. De las tres ramas de la Iglesia Reformada holandesa, sólo una ha conseguido propagarse hacia la población indígena, lo cual apunta a una política de separación en lo religioso no menos que en lo racial. La distribución religiosa de la población sudafricana, por denominación y razas, es como sigue. (Las tres primeras son variantes de la Iglesia Reformada holandesa y una de ellas, la tercera, fué constituida como iglesia del Estado en el Transvaal, en 1858.)

<i>Denominación</i>	<i>Blanca</i>	<i>Color</i>	<i>Negra africana</i>
Nederduits Gereformeerde Kerk	1.107.482	291.087	297.382
Gereformeerde Kerk	112.233	24.115	8.019
Nederduits Hervormede Kerk	182.988	9.937	20.889
Iglesias anglicanas	416.472	229.459	597.647
Presbiteriana	100.739	3.962	172.415
Congregacional	13.915	112.335	121.053
Metodista	219.021	101.351	1.041.656
Luterana	26.262	57.539	415.548
Católica Apostólica Romana	141.330	73.156	462.130
Judía	108.479	—	71
Islam	200	63.208	4.626
Iglesias africanas separatistas	—	—	1.593.939
Paganos	—	3.870	2.855.766

La esencia misma del Poder en Sudáfrica está hoy simbolizada por el vasto monumento que en Pretoria, la capital, se levanta en conmemoración de los «Voortrekkers», aquellos descendientes de los colonizadores holandeses que se marcharon de la Colonia del Cabo, dominada por los ingleses, y que acabaron por adueñarse, en 1836, de Orange y el Transvaal. Eran los boers—campesinos—que pasado el tiempo estuvieron al bordé mismo de humillar al imperio británico en los momentos de más poder y esplendor, en los días de transición de un siglo al siguiente. Ahí está ese grandioso monumento—inaugurado el 16 de diciembre de 1949, en presencia de un cuarto de millón de personas y que desde entonces ha sido un

lugar tradicional de peregrinación y culto nacionalista—a Pretorius, el general que venció, en las riberas del «Río de la Sangre», a los ejércitos bárbaros de Dingaan, el rey de los zulúes, con la consigna iluminada por encima del cenotafio: «Ons vir jou, Suid-Afrika!», o «¡Somos tuyos, Africa del Sur!».

¿De quién es Sudáfrica? Aquí se podría repetir lo que ya fué argumento de un dirigente de la Rhodesia, recogido anteriormente. Los blancos holandeses y huguenotes franceses conquistaron a los indígenas negros, pero éstos, a su vez, se encontraron en territorio conquistado, en algunos casos por aquellos mismos días, por unas tribus guerreras que se habían ido extendiendo hacia el Sur y habían acabado no sólo con la conquista, sino con la esclavitud o la extirpación de la población nativa, que no era negra, por lo menos por el extremo sur del continente africano. Aquí pasó algo parecido a lo que se dió por la América del Norte, con la agravante de que el conquistador acabó también siendo conquistado.

Los blancos en el Gobierno.

Sigue adelante el experimento de los «bantustanes», que se presenta como una solución poco menos que ideal del problema racial de Sudáfrica. «Los bantús son felices aquí», explicó hace poco una autoridad sudafricana al presentar a un grupo de visitantes la obra que se está haciendo en Transkei, en la orilla del Océano Indico, por debajo de Durbán, el mayor de los «bantustanes» organizados hasta ahora. Allí hay una escuela para la preparación de medio centenar de hijos de jefes de tribus y autoridades municipales, dirigida por D. H. Jansen, que además de ser un convencido y resuelto defensor del «apartheid» tiene también un «respeto tremendo—como él mismo explicó—para la pureza del pensamiento bantú». Se trata de dar solidez a un sistema que aspira a crear una separación permanente entre el blanco y el negro en Sudáfrica y restablecer para éste el régimen tribal, que es, se insiste, el único capaz de hacerle feliz. Allí en sus reservas o «bantustanes», el indígena puede llevar una vida de mayor libertad que fuera, en los dominios del blanco, hacer su cerveza sin que la policía ni el inspector de impuestos se le echen encima. Y aun cuando no se piensa en el abandono del sistema de pases, dentro de los «bantustanes», la ley que los hace obligatorios para la población indígena no será aplicada con el mismo rigor que fuera.

A nadie interesa tanto como al negro la vida en los «bantustanes», se

dice. Allí podrá adquirir pleno desarrollo un sistema de gobierno mucho más adaptable a las condiciones y la tradición del indígena que esa democracia importada del extranjero. Hablando de esta cuestión, ese director de la escuela de jefes de tribu resumió una de las lecciones que acababa de explicar, sobre la democracia parlamentaria occidental, de lo que dijo que no encaja en la mentalidad indígena. «La otra noche—añadió—expliqué una lección sobre Ghana y el sistema parlamentario que dejaron allí los ingleses, en conflicto directo con el tradicional sistema de la autoridad tribal. Anticipé la posibilidad de que hubiese serios disturbios antes de que pasasen dos meses. El negro de Ghana tiene costumbres y tradiciones muy similares a las del bantú. No comprende sencillamente la democracia occidental.»

Está planteado el conflicto. Y de forma harto dramática.

Un día, al cabo de dos meses de alejamiento del Gobierno, a causa de las heridas sufridas por dos balas que, dirigidas con mortal intención, fueron a incrustarse en la cabeza, Hendrik Frensch Verwoerd, primer ministro de la Unión Sudafricana, se encontró de nuevo ante una gran muchedumbre, congregada en el estadio de Bloemfontein. Tenía dos cicatrices claramente visibles en la cara y el cuello, y en la mano, una paloma blanca que iba a ser «nuestro mensajero de buena voluntad». Soltó la paloma, echándola al aire con decisión, pero no intentó siquiera batir las alas. Apagado el impulso que el Dr. Verwoerd le había dado, fué a caer un poco más allá, con ese ruido típico de lo que, sin gran peso, no tiene vida o carece de la voluntad de vivir.

¿Podía prestarse aquello a ominosas interpretaciones?

«Difícil, cuando no imposible».

Había indicios de que las dificultades aumentaban, no disminuían. Desde Sharpeville las cosas habían empezado a estar claramente bajo la influencia de lo desfavorable. Fuera, sobre todo, donde ganaba terreno poco a poco la campaña encaminada al establecimiento de un boicot comercial contra Sudáfrica; y quizá dentro también. En estos dos meses sobre todo en que el Dr. Verwoerd se vió distanciado de la dirección de los asuntos públicos se había advertido un desarrollo considerable de la oposición a los aspectos más extremistas de la política del «apartheid» y en favor de una actitud mucho más liberal hacia las cuestiones raciales. A pesar del estado de prosperidad de las minas y la mayor parte de la industria, existía ya el

temor de que con un ambiente así la vida económica de Sudáfrica no tardaría en tropezar con serias dificultades. Una de las figuras más poderosas de la nación, sir Harry Oppenheimer, casi tan poderosa como el mismo Dr. Verwoerd, había advertido ya que aquello no podría continuar durante mucho tiempo. A menos que se tuviese el propósito deliberado de provocar una grave crisis económica. En un estado de tal incertidumbre sobre el futuro, el capital de inversión se retraía, sencillamente.

Ha llegado a ser «difícil, cuando no imposible», advirtió otro magnate poderoso, sir Charles Hambro, obtener en Londres apoyo para cualquier clase de empresa sudafricana. Para ser restablecido el crédito en el exterior, Sudáfrica necesita imperiosamente el mantenimiento de «unas relaciones más armoniosas con la población urbana nativa», así como «salidas satisfactorias para las aspiraciones legítimas de todos los sectores de la población».

¿Está el Gobierno dispuesto a ceder? De ninguna manera. Verwoerd se encargó de dar la respuesta, con carácter definitivo, a los hombres de negocios que por asegurar unas condiciones más favorables posibles para el desarrollo de sus actividades estaban dispuestos a tolerar el desbordamiento y la inundación de aquella marea de color que amenazaba con invadirlo todo, a menos que se construyesen altos y fuertes diques de contención. «De alcanzar el triunfo en Sudáfrica un gobierno multirracial..., la consecuencia inevitable sería el dominio bantú por encima de todos. Es necesario—tronó el Dr. Verwoerd con voz dura—que los blancos sigan gobernando».

Para que no se tuviese la menor duda sobre el significado de la advertencia, el Dr. Verwoerd ordenó la aplicación inmediata con decisión inquebrantable del programa de creación de los «bantustanes», esas reservas destinadas exclusivamente para la población indígena de raza negra.

Con objeto de que en el futuro no se corriese el riesgo, además, de que volviesen a producirse sucesos capaces de hacer peligrar la posición del hombre blanco, del «afrikanes» sobre todo, poco más tarde se disponía la ampliación de la llamada «fuerza burguesa» con una organización de comandos, pelotones de vigilancia de 31 hombres cada uno, armados con armas automáticas. Estas nuevas unidades han de estar formadas exclusivamente por jóvenes de pocos años, fuertes, entrenados y dispuestos a entrar en acción en cualquier momento. Entre ellos habrá también, según explicación del ministro de Defensa, tiradores muy especializados. Se estaba estudiando, además, la formación de pequeñas unidades de para-

caidistas dentro de esta fuerza ciudadana dedicada exclusivamente a la defensa interior y ya se habían tomado medidas para dotar a cada una de las doce unidades de infantería de la Fuerza Ciudadana con cuatro carros blindados. Cada una de estas unidades estaría estacionada de manera permanente en varias ciudades estratégicamente distribuidas por toda la Unión: Stellenbosch, Port Elizabeth, Queentown, Graaf-Reinet, Vryheid, Durban, Bethlehem, Pietersburg, Middelburg (Transvaal), Benoni y Johannesburgo. Esta fuerza ciudadana contaba ya con 55 regimientos y batallones y 22 subunidades independientes.

Un futuro incierto.

Del extremo sur del continente africano ha desaparecido el colonialismo. Pero no por ello han desaparecido los problemas que con frecuencia están íntimamente asociados con el colonialismo. Es más, pudiera decirse que en Sudáfrica están planteados todos los problemas del continente y quizá alguno más, por añadidura, y en algunas ocasiones se tiene hasta la impresión de que han llegado a adquirir mayor gravedad también.

Arriesgado sería el intento siquiera por ver lo que hay detrás de los horizontes que circundan el panorama donde se van desarrollando las cuestiones del momento. Pero si fuese posible hacerlo quizá nunca sería para encontrar algo parecido a aquello con que había soñado Cecil Rhodes, expuesto en el último discurso que pronunció como presidente de la De Beers Company, de la que era presidente, en la asamblea anual celebrada en 1900, un párrafo que gusta recordar y repetir sir Harry Oppenheimer, que ha heredado de su padre el cargo ocupado en otro tiempo por Cecil Rhodes:

«Los seres humanos son algo muy interesante. Los hay de un tipo nada imaginativo que se pasan la vida llenando sacas de dinero, y cuando son llamados para que abandonen este mundo, quizá con mucha más prisa de lo que hubieran deseado, lo que dejan es a menudo disipado por sus herederos en vino, mujeres y caballos. Tenemos también, siento placer en decirlo, el accionista imaginativo. Hemos conseguido que el país se vaya desarrollando hasta entrar profundamente hacia el interior de Africa, en gran parte gracias a los medios facilitados por esta compañía comercial. Si me fuese permitido ir más lejos y presentar un cuadro del futuro, diría que cualquiera que visitase las minas de aquí a cien años, aun cuando sólo viese pozos que habían caído en desuso, de adelantar lo suficiente

el viaje hacia el interior, acabaría dándose cuenta de la renovación de su vida en la gran civilización europea del norte lejano, y quizá llegase a sentir incluso un aliento de satisfacción al pensar que las inmensas riquezas que han sido sacadas de este suelo, no han sido dedicadas exclusivamente al decorado del sexo femenino.»

Tirando hacia el Norte, desde la Unión Sudafricana, están, a un lado y al otro, por el Atlántico y por el Océano Indico, las posesiones portuguesas de Angola y Mozambique, respectivamente, con las Rhodesias en el centro. Todo en Africa ha sido, desde que empezó el gran reparto colonial, en la segunda mitad del siglo pasado, ya muy avanzada, campo de experimentación colonial muy diversa. Entre el sistema inglés, que ha buscado apoyarse fundamentalmente en la estructura social indígena, con sus tribus sometidas a la autoridad del jefe a través del cual actuaba el Poder de Inglaterra; y el sistema francés, animado por el convencimiento de que Francia tenía, ante todo, una «mission civilisatrice» que llenar en el mundo, más importante cuanto más acentuado fuese el grado de atraso en que se encontraba, de ir incorporando al indígena, mediante el contacto con la escuela y la administración francesa, a la area colonizadora, había una diferencia tal que apenas si existía la posibilidad siquiera de establecer una comparación adecuada sobre sus méritos o desventajas. Ninguno de los dos ha podido contener, ni casi aplazar siquiera, el proceso de liquidación de una obra colonizadora única desde más de un punto de vista.

Pero ha habido otros sistemas no menos originales, no menos llamativos, con el belga, que nunca sintió la preocupación de considerar al indígena como algo distinto, para el presente o para el futuro, de lo que era en el momento de establecer contacto con él. Y eso para inducirle a dar el mayor rendimiento posible, con miras a la plena explotación de los recursos naturales. Bélgica ha tratado de mejorar, en la medida de lo posible, sólo las condiciones materiales de vida del indígena. Ir más lejos podía ser pernicioso además de peligroso, podía suponer ni más ni menos el sembrar la semilla del descontento y la preocupación, con lo que crearian problemas difíciles para el futuro.

Tampoco demostró el sistema belga ser más eficaz que los otros dos y es posible que acabe por demostrar que ha sido el menos eficaz de todos los ensayados hasta la fecha. Por lo menos la influencia, y algunos lazos de importancia también, de Inglaterra y Francia no terminó en el lugar y el momento en que acabó su posición como potencias coloniales.

Por extraño que parezca, ninguna de estas potencias coloniales consi-

guió agotar el tema de la experimentación y el ensayo. Todavía quedaba un campo tan ancho como las vastas posesiones portuguesas de Angola y Mozambique, con sus once millones de habitantes a los que se aspira a convertir en «asimilados», en ciudadanos portugueses, con todos los derechos y todos los deberes. De todas las posesiones coloniales del continente africano, Angola y Mozambique son las que mayor sensación de tranquilidad han dado hasta ahora. Apenas si se advierte todavía la más leve demostración de descontento, a pesar de lo mucho que sucede por todo el continente y especialmente por los territorios vecinos, el Congo en particular.

No se podría considerar más que como un éxito la perspectiva de que la primera de las potencias coloniales europeas que asomó por el Africa negra sea también probablemente la última que acabe saliendo de allí. Y eso que las condiciones de pobreza económica de la metrópoli no ayudaron mucho para el desarrollo en todas sus posibilidades del proyecto que buscaba crear unas condiciones favorables de vida por el interior de Angola, con un clima de altura favorable para la colonización europea, para una porción importante de la población metropolitana. Se había llegado incluso a reservar una vasta superficie de la muy poco poblada Angola para la colonización portuguesa, hasta el punto de no autorizarse en ella el empleo de mano de obra indígena de ninguna clase. Si el plan no dió los resultados apetecidos habrá sido mayormente por la escasez de medios a disposición del Gobierno de Lisboa, que no ha permitido abrir vías de comunicación por las cuales pudiesen encontrar los productos agrícolas una salida fácil y relativamente barata hacia los mercados del exterior. Además, el ambiente resultaba acogedor sólo en apariencia. El ganado se veía afectado por extrañas epidemias y el campesino portugués que emigraba con la ayuda que le prestaba el Gobierno, no contaba con los conocimientos ni la experiencia indispensables para darse cuenta de que el trato dado a un tipo de ganado no siempre había de dar buenos resultados cuando se le aplicaba o otro de raza muy diferente.

Son grandes las posibilidades que ofrecen tanto Angola como Mozambique, pero uno de los elementos de progreso más importantes de Mozambique sigue siendo, con todo, la emigración anual a Sudáfrica de más de 100.000 indígenas, que va a trabajar en las minas de oro y carbón. Si se llegasen a realizar los planes actuales de desarrollo económico, especialmente en los puertos de Lorenzo Marqués y Beira, y el aprovechamiento de una parte por lo menos del potencial de energía hidroeléctrica

y el agua para el riego del Limpopo, seguramente se daría un formidable salto hacia adelante. Por un lado, mediante la explotación de vastos recursos naturales y por el otro, dando facilidades para el transporte y embarque de los minerales de Rhodesia y el Congo. Pero ya no se tiene la seguridad de contar con el tiempo indispensable, que ha de ser necesariamente más dilatado en el caso de Portugal que de cualquiera otra de las potencias que se dedicaron a la colonización del continente africano, por razón de ser sus medios propios mucho más reducidos.

Un panorama cambiante.

Por grandes extensiones de Africa es popular un proverbio que dice: «Dios ha hecho al hombre blanco y Dios ha hecho al hombre negro, pero el mulato es obra de los portugueses.». A su manera, esto explica el acierto de una política colonial que ha continuado, con leves alteraciones, en el caso de haberlas tenido, a lo largo de generaciones y de siglos y todavía con evidente demostración de capacidad para la supervivencia. Y, sin embargo, el panorama no sólo ha cambiado, sino que sigue cambiando todos los días. La mejor demostración de ello está en que el Gobierno de Lisboa ha sentido la necesidad de enviar importantes contingentes de tropa a Angola.

No tiene la culpa Portugal de lo que sucede. Pero sería pedir con exceso el esperar a que el atolondrado desarrollo de los acontecimientos en el Congo y los dramáticos sucesos de Sharpeville y Bulawayo no se dejase sentir para nada en las dos inmensas provincias portuguesas del continente negro.

No tiene Portugal la culpa de lo sucedido o lo que pudiera suceder, pero es algo que está sucediendo todavía, a pesar de todo. Por eso «Diario de Manhã» de Lisboa, comentaba no hace mucho, con notoria indignación, lo que estaba ocurriendo a un paso de Angola, «el más lamentable espectáculo de abdicación que el mundo ha presenciado en los últimos quince años.»

Era para no desembocar nunca más en conclusiones precipitadas sobre nada de lo que sucedía o podía suceder en el continente africano. «Ya resulta imposible para nosotros—añadía—saber lo que es causa de mayor sorpresa: la facilidad y el pánico con que los belgas se apresuraron al abandono de una región que necesitó tanto de su esfuerzo y capital, o la furia, con tan poca inteligencia, con que los negros responsables se lan-

zaron por el camino de la independencia que tiene que producirles muchas desilusiones, y las demostraciones de primitivismo a que se entregaron fácilmente.

«Se está engendrando un verdadero caos, pero uno se siente obligado a decir que es un caos cuya responsabilidad se ha de achacar más a los blancos que a los negros.»

Ha habido mucha prisa en dar por terminada una labor que no estaba terminada, ni mucho menos. Y esto pudiera acabar siendo sumamente peligroso, para el presente y mucho más todavía para el futuro. Un alto funcionario portugués decía, en Lorenzo Marqués, a manera de comentario a la situación provocada por la apresurada concesión de independencia del Congo:

«Africa es vulnerable y la concesión de la independencia a los africanos primitivos y sin preparación equivale a poner al alcance de los rusos la oportunidad para introducirse por aquí. Confiamos en que los Estados Unidos se den cuenta de que lo que estamos haciendo nosotros aquí no es una imprudencia.»

El Mau Mau otra vez.

Los aires de independencia soplan para todos, hasta para la isla de Madagascar, ahora convertida en la República Malgache, un miembro más de la Comunidad Francesa. Al igual que en casi toda la parte oriental del continente africano, pero en forma más acusada casi siempre, esta isla ha estado expuesta largamente a influencias orientales más bien que occidentales. Chinos, malayos y sobre todo indios forman una porción importante de la población actual y han contribuido a dar unas características especiales, y muy diferentes de las que prevalecen en casi todo el Africa negra, a la composición racial de Madagascar. En Madagascar se da lo que no es corriente por ninguna otra parte del continente africano, por debajo o por encima del Ecuador: el indio dedicado a la política, no sólo al comercio y otras actividades con características de exclusividad.

También por aquí, al igual que por todas partes, se está a la expectativa de lo que el futuro—un futuro inmediato—es capaz de ofrecer. El presidente de la República Malgache, M. Tsiranana, ha advertido ya que pudiera encontrarse en la necesidad de volver la mirada hacia la Unión Soviética. No porque pese demasiado en su ánimo el tiempo que los franceses lo tuvieron en la cárcel y el exilio después de la sangrienta rebelión

de 1947, sino porque pudiera no encontrar en otro sitio todo lo que busca. Quizá no fuese más que una advertencia, pero era en cualquier caso una advertencia ominosa la que decía que «si el mundo occidental nos abandonase», los malgaches estarían en su derecho, es más, en el deber, de recurrir al bloque comunista, por mucho que lo «lamentasen».

Están en juego influencias tan extrañas como poderosas, como se pudo comprobar hace poco en la isla de Zanzíbar, donde se había empezado la construcción de una de las estaciones de observación destinadas a seguir las huellas de los satélites artificiales del proyecto Mercurio; satélites que, en definitiva, acabarían por tener tripulantes humanos. En Zanzibar se había pensado en levantar una de estas estaciones científicas dedicadas a la observación y la idea fué excelentemente recibida. Seguramente se traduciría en beneficios materiales, en dólares que siguen siendo muy bien mirados por todas partes, aun cuando ya no despierten la misma codicia que en otros tiempos. Pero de pronto empezaron a oírse cosas muy extrañas, lo suficiente para producir gran desasosiego entre los 165.000 habitantes de este protectorado británico, un mosaico de colores y razas, africanos, indios, blancos, árabes, etc. Aquello que se estaba haciendo era «la pantalla de algo mucho mayor», quizá, se insinuaba, el principio de la construcción de bases para proyectiles balísticos. Era algo siniestro y convenía estar alerta. Es más, quizá conviniese impedir que las obras de construcción siguiesen adelante.

Mucho más grave, al menos en potencia, es la situación por Kenia, donde otra vez se quiere descubrir por todas partes el espectro terrible del Mau Mau, la prestación de juramento horribles, la preparación de levantamientos como los que condujeron a los siete años de terror que empezaron en el otoño de 1952 y cuyo balance trágico fueron 13.423 muertos de negros indígenas, de la tribu kikuyo principalmente, la más importante de la colonia, 95 europeos y 29 asiáticos.

Al cabo de un par de años de estudio, el ex gobernador de Khartum, Frank D. Corfield, preparó un informe sobre la situación en Kenia que, acontecimiento sorprendente en obras de esta naturaleza, se vió convertido en seguida en un sensacional éxito de librería. Mas por el contenido que por la forma en que ha sido presentado, un relato fantástico de las cosas que hizo el Mau Mau o de lo que se tema que vuelva a hacer muy pronto, ahora que se empezaba a tener la esperanza de que fuese posible hacer nuevas concesiones al Gobierno autónomo y preparar de esta manera el terreno para la concesión de la independencia en un plazo relativa-

mente breve, no tanto como se espera que suceda con Tanganica, pero pronto, en cualquier caso. La actitud de Inglaterra es de facilitar, no de entorpecer, el proceso de independencia. Se ha visto muy recientemente en Nyasalandia y se ha visto también en Chipre y en la Somalia británica, que ya forma un nuevo país africano independiente, junto con la antigua Somalia italiana, que más tarde había pasado a la tutela de las Naciones Unidas, ejercida por la propia Italia.

Desde aquel «miércoles negro» de octubre de 1952, en que fué despedazado el jefe indígena Nderi, en la reserva de Nyeri, por los juramentados del Mau Mau, las cosas en Kenia asumieron tales características que apenas se podía pensar en otra paz que la del exterminio. Y el exterminio de una tribu con millón y medio de individuos apenas si resultaba realizable en la práctica por decidido que fuese el empeño, renovado a diario, cada vez que se tenía conocimiento de alguna nueva muerte o se tenía que empuñar la escopeta, para repeler un ataque por sorpresa contra algunas de las hermosas fincas que la minoría blanca había ido construyendo por las tierras altas, tan propicias a la colonización europea. Para el indígena quedaban sólo las tierras bajas, áridas o semiáridas, quemadas por un ardiente sol tropical. Todos los días y a todas horas se podía ver, en Kenia, la diferencia que había entre el blanco y el negro.

Un ritual diabólico.

Sólo con pensar en que volviesen los días de los excesos del Mau Mau era bastante para buscar una solución desesperada al problema de la permanencia del blanco en las privilegiadas tierras altas de Kenia, codiciadas por el campesino indígena. Esto era lo que daba una popularidad trágica al informe de Mr. Corfield, en el que se hablaba de los métodos del Mau Mau para aislar totalmente a sus adeptos de toda esperanza, fuera de la siniestra organización, «en este mundo o en el otro». El juramento era la culminación de un complicado ritual diabólico en el que se habían combinado conceptos y prácticas tomados del ambiente tradicional, dominado por la magia y el terror, del ocultismo, la superchería y hasta de la brujería occidental, con la cual parece que Jomo Kenyatta, considerado como el fundador o en cualquier caso el inspirador del Mau Mau, llegó a tener «algún contacto pasajero por lo menos», según este informe.

Entre las cosas monstruosas que formaban parte del ritual, estaba el desenterrar un cadáver, labor que debían realizar los propios neófitos que

acababan de prestar juramento de lealtad eterna al Mau Mau, para comerse un trozo de carne pútrida.

Era la última demostración de espantoso sometimiento absoluto a lo que la organización decidiese y dispusiese. Pero a esto habían de seguir necesariamente otros excesos, cada uno más repugnante que el anterior, hasta que cuando todo había concluído, el nuevo afiliado, voluntario o forzoso, estaba en condiciones de hacer lo que se le mandase, por terrible o repugnante que fuese. Incluso matar al enemigo que se había designado para en seguida arrancarle las bolas de los ojos y beber el líquido que tenían dentro.

¿Ha sido un acierto la publicación de este informe? Ya se dice que ha sido censurado y quizá hasta adulterado. La circulación por Kenia es difícil, cuando no imposible. Ha producido una honda impresión y se teme mucho a las consecuencias. Por un lado y por otro. Por el de la minoría blanca, que otra vez está convencida de que se acercan días sangrientos, y de la mayoría indígena, que lo ataca sin piedad y lo condena como una demostración más de los extremos a que llevan los «prejuicios europeos». Un miembro de la Cámara Legislativa de Nairobi, S. A. Oyodo, llegó a declarar públicamente que el movimiento del Mau Mau es digno de ser considerado como uno de los grandes acontecimientos de la historia, algo comparable con «la Revolución francesa y la guerra de la independencia de los Estados Unidos».

Con un ambiente así, tendrán fundamento o no las advertencias de los dirigentes más extremistas de la minoría blanca, pero incluso gentes conocidas por su moderación empiezan a mostrarse inquietas, alarmadas. El comisario interino del distrito de Nyeri, J. C. Nottingham, ha venido haciendo sonar casi a diario la voz de alarma. Verdad es que su territorio es el más afectado por la renovada actividad del Mau Mau. Los kikuyu, dice, están preparándose otra vez «para la guerra civil, el horror, la violencia y el derramamiento de sangre de que hacía tan poco todavía que nos habíamos visto libres».

Quizá en Kenia más que en ningún otro sitio de todo el continente africano, el campo esté abonado, desde los recientes excesos del Mau Mau y la dura represión siguiente para el restablecimiento de cierta sensación de normalidad en el agitado panorama, para el retorno a la violencia y el terror. Es demasiada la impaciencia que siente el indígena, condenado a una vida miserable en las semiáridas tierras bajas, al mirar hacia arriba y contemplar aquellos campos y aquellas tierras y aquellas casas de

los europeos colonizadores. Pero ni en Kenia ni en ninguna otra parte del África meridional y oriental parece que queda ya un solo sitio en el cual exista un ambiente relativamente favorable a la continuación y conservación de todo lo que existía y era característico aún hace muy pocos años. La situación llega incluso al extremo de forzar la independencia a los que tienen el convencimiento de que pudiera acabar convirtiéndose en una carga poco menos que intolerable del todo. ¿Cómo podrá mantenerse la independencia de la República de la Somalia, por ejemplo? Se dice que los dirigentes más responsables deseaban que se aplazase para el futuro el momento de dar cumplimiento a la promesa hecha por las Naciones Unidas, hace diez años. Pero no había más remedio que llegar a la independencia, aun cuando para dar cierto aire de solemnidad a las ceremonias, que se querían tuviesen a Mogadicho por escenario, fuese preciso la construcción a toda prisa de un hotel, en su mayoría con materiales prefabricados y transportados desde Italia, por lo que el costo subió de una manera exagerada. Pero no había más remedio, porque se esperaban los diplomáticos de docenas de países y era necesario hacer algo por demostrar que la democracia podía echar raíces en todas partes, especialmente por ese árido litoral del África oriental.

Para que la nueva nación tuviese mayor razón de ser, Inglaterra se anticipó a dejar en plena libertad a su colonia a orillas del Golfo de Adén, que desde el primer momento se mostró dispuesta a sumarse a la porción de la Somalia que había sido largamente una colonia italiana, el punto de partida para aquel ataque contra Etiopía, junto con la Eritrea, a orillas del Mar Rojo, en los días que precedieron inmediatamente a la segunda guerra mundial. Y algunos países, como los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, prometieron la concesión de ayuda, unos 5.000.000 de dólares para empezar, con objeto de hacer posible lo que de otra manera no tenía la más remota posibilidad de éxito, el intento por transformar en país independiente un desierto sin medios naturales de subsistencia, aparte un poco de pastoreo trashumante. Poco se podía esperar de una escasa población, nómada casi toda, y sin posibilidad alguna por supuesto, de mantener un Gobierno independiente y, además, estable. Etiopía sueña con la incorporación de toda la Somalia, que tiene, por su parte, anchas ambiciones, al reclamar no sólo la Somalia Francesa, sino una buena parte de la Etiopía oriental y un trozo respetable de Kenia. Si consiguiese todo esto, quizá pudiese tener mayores probabi-

lidades de afianzar un régimen que empieza viviendo de prestado y necesitará continuar haciéndolo. Claro que si no presta—o da—el Occidente, quizá estén ya los rusos dispuestos a hacerlo. Tuvieron prisa en enviar una fuerte delegación a los actos de declaración de la independencia de la República de la Somalia y tienen en la capital de Etiopía la mayor embajada soviética establecida hasta ahora en todo el continente africano. Es demasiado el esfuerzo que las potencias occidentales se ven obligadas a hacer por el continente africano.

JAI ME MENENDEZ.